

cuenta del pasado siglo. Estamos “ante una obra que trata la corrupción de la inocencia, del tránsito de la adolescencia a la madurez, es decir, estamos ante una novela de formación” (pág. 31). Muy dentro de la tradición del hacerse novelesco tan frecuente en la novela española, añado yo. Cuenta asimismo la “evolución psicológica de Sol Roda, una adolescente de familia acomodada, que cómo su entorno familiar y social se descompone y destruye bruscamente con el estallido de la guerra civil y la situación derivada de esta.”(pág. 31). Aspecto de la obra explorado por la profesora Sotelo en profundidad y con enorme acierto en las mejores páginas de esta introducción.

La edición me parece modélica, pues gracias al acertado estudio preliminar, podemos reconstruir la vida que ha tenido este texto, que naciendo en los años cuarenta del pasado siglo, siguió adquiriendo nuevos significados a lo largo de cincuenta años, hasta que ahora le podemos dar uno casi definitivo, aunque siempre dudaremos entre fijarnos en la riqueza del estilo, en sus elementos poéticos, o en la vida representada en el texto.

Quienes hemos tenido la suerte de tratar a Martín Gaité, a Josefina Aldecoa y a la querida Matute —con las dos últimas coincidí en el jurado del premio Nadal— y a la primera la encontré en un sinfín de ocasiones, reconocimos siempre su fuerza personal y su total entrega a la literatura. Ana María decía siempre que me veía cuándo vuelves a hacer una edición de una obra mía como la que hiciste de *Primera memoria*, y yo le respondía, cuando tú quieras. Hoy sé que estaría feliz con esta edición de *Luciérnagas*, erudita, bien pensada, que presenta un texto perfectamente editado y anotado por la profesora María Luisa Sotelo Vázquez, una de nuestras mejores condecoradas de la literatura española de los siglos XIX y XX.

GERMÁN GULLÓN
UNIVERSIDAD DE ÁMSTERDAM

Selena Millares (ed.). *Poesía centroamericana y puertorriqueña. Antología esencial*. Madrid. Visor. La Estafeta del Viento. 2013, 671 pp.

“Oscura, constante y fecunda como un río subterráneo”, así define la profesora Selena Millares (p. 8) la poesía de Centroamérica y Puerto Rico a la que dedica este volumen, de lectura obligada para desgranar las derivas que han marcado la historia de este género desde la vanguardia a la posvanguardia en algunos de sus territorios centroamericanos más destacados, como son Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá, así como en la región boricua. Nicaragua o El Salvador no son abordados por haber sido incluidos en volúmenes anteriores de la misma colección, al igual que Cuba y la República Dominicana.

Poesía centroamericana y puertorriqueña. Antología esencial se encuentra estructurada en una introducción y cinco apartados dedicados a cada una de las zonas antologadas. Cabe destacar el ensayo preliminar titulado “Isla e Istmo, una soledad compartida”, que dedica Millares a analizar las coordenadas más destacadas del panorama. Este incluye una selección bibliográfica de destacadas historias de la literatura, de la poesía, colecciones de ensayos fundamentales o importantes antologías de la zona centroamericana; una información preciada para quienes tenemos interés por este ámbito de las letras hispanoamericanas, a menudo injustamente olvidado, y al que la profesora Millares ya había hecho varias contribuciones de gran peso previamente como son *La maldición de Scheherazade. Actualidad de las letras centroamericana-*

nas (1980-1995) o la edición literaria de *El Señor Presidente* (1995) de Miguel Ángel Asturias, entre otras. Encontramos igualmente bibliografías críticas al término de cada uno de los correspondientes textos que preceden a la poesía de las regiones presentadas, esenciales para entender el devenir literario de las zonas estudiadas. Esta estructura queda reforzada por una concisa presentación de los poetas incluidos, que consta de una biografía y un listado de sus libros de poemas.

La invisibilización, el silencio y la marginalidad a la que se ha visto sometida la poesía que ocupa estas páginas es la primera cuestión que subraya Selena Millares en la introducción de la antología. Eso puede explicarse a partir de varios factores que han signado la historia de estas regiones, entre los que destaca el hecho de que no pertenecieran a los grandes focos del poder virreinal, lo que contribuyó notablemente a que se consolidara su exclusión tras los procesos de la Independencia. Otro elemento determinante fue su situación geográfica estratégica, lo que ha convertido a esta parte de Hispanoamérica en testigo y víctima de la ambición en el ámbito económico y político propio y ajeno: las constantes dictaduras la de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1921) o la de Tiburcio Carías Andino en Honduras (1936-1949) y las revoluciones traicionadas como la guatemalteca de 1944 o la sandinista de 1979, la construcción y gestión del Canal de Panamá y la anexión de Puerto Rico en 1898 son algunos de los episodios que han contribuido a la forja de esta situación.

Esta soledad parece agravarse si consideramos, tal y como explica Juan Durán Luzio en su ensayo “Para una trayectoria de las letras centroamericanas” (*Cuadernos Hispanoamericanos*, número 648, 2004, p. 16), que ese territorio “no ha sido un terreno apto para madurar teorías”, algo que Ramón Luis Acevedo y Werner Mackenbach (“Literaturas centroamericanas hoy. En el foco de dos congresos internacionales celebrados en Alemania”, *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, número 8, 2002, p. 171) justifican detallando el complicado panorama que han de enfrentar aquellos interesados en estudiar su contexto cultural: entre las cuestiones más sobresalientes destaca la escasa bibliografía existente, situación motivada en parte por la falta de modelos analíticos propios, tal y como apunta Durán Luzio (p. 16). Por su parte, Sergio Ramírez, quien se une a la denuncia que hace Millares de esta situación, insiste en la necesidad de presentar identidades diversas, heterogéneas y múltiples, especialmente después de la crisis ideológica y política sufrida tras la derrota de las utopías nacionalistas-revolucionarias, que supuso “el canto de cisne de las concepciones de construcción de identidad nacionalmente colectiva, que dominaban el discurso político-intelectual hasta los años ochenta”, según podemos leer en el artículo mencionado (p. 175). Esto significa que efectivamente se puede hablar de una literatura centroamericana y por lo tanto supranacional, pero desde el respeto a una diversidad que ha de centrar la reflexión sobre la naturaleza de su escritura, enfoque que también adopta la profesora Millares en su investigación.

Tanto Sergio Ramírez autor de *Puertas abiertas*, la penúltima antología de poesía centroamericana conocida hasta la fecha (Fondo de Cultura Económica, 2011) como Selena Millares coinciden igualmente al referirse a esta poesía como una escritura de la resistencia si bien Ramírez opta por acuñar la palabra “subversión” (p. 22), que para la estudiosa deriva en una poética de raíz testimonial o adscrita a un “intimismo hermético de formas oblicuas” (p. 9). La complicada situación que todos esos países comparten, fundamentalmente en lo concerniente a las relaciones con los Estados Unidos, han permitido que prosperara el cultivo de un tema: el de la patria íntima. Éste nace del instinto de protección de unos poetas que encuentran en la música del verso un

espacio en el que poder habitar su país y desde el que tejer imágenes que permitan mantener la tierra en el corazón. De igual manera, Millares apunta el factor indígena particularmente en Guatemala y en Honduras, donde tiene una gran presencia, y la reivindicación de la identidad “será una actitud común en esos países” (p. 12). Esto último se traduce en evitar adscribirse a paradigmas ya existentes como fueron el exteriorismo y la antipoesía en favor de una búsqueda en la que la tradición hispánica va a tener una gran importancia, tal y como ha sucedido en la poesía puertorriqueña.

Costa Rica, la primera región incluida en la antología, ha destacado en el marco de la poesía centroamericana por su invisibilidad, posiblemente porque “el devenir *tico* no ha ido asociado a ruidos experimentales, y ha tardado en tejer lazos con las propuestas internacionales”, tal y como explica Millares (p. 23). No obstante, entre sus filas, la investigadora destaca la irrupción vanguardista de Max Jiménez y también la vocación testimonial de Jorge Debravo, para muchos el responsable de la modernización de la poesía *tica*. Escribe el poeta de Turrialba en su conocida composición “Fraternidad”, en un periodo de violencia y exilio en el Istmo, con valentía y ternura: “Digo guerra y la voz me suena tan lejana / como si fuera dicha en otro astro. / Y digo amor y la palabra pesa / como si fuera carne de mis labios” (p. 66). Asimismo destaca el decidido posicionamiento en contra de las poéticas exterioristas en pleno auge en su vecina Nicaragua de los poetas firmantes del *Manifiesto Transcendentalista* (1977), o el verbo insurrecto de Ana Istarú, cuya obra sobresale por el preciosismo, la sensualidad y la humanidad que rezuman sus versos en una dilatada trayectoria.

Guatemala, centro político durante la época colonial y ganadora de dos premios Nobel en el siglo XX los otorgados a Miguel Ángel Asturias en 1967 y a Rigoberta Menchú en 1992, no ha recibido la atención merecida por parte de la crítica literaria internacional. En la antología, Millares rescata una selección de poemas de algunos de los escritores más relevantes del periodo de las vanguardias como fueron el propio Miguel Ángel Asturias y Luis Cardoza y Aragón, quienes desde París renuevan la poesía guatemalteca. La violencia imperante a lo largo del siglo es sin embargo testigo de la voluntad de algunos creadores que no dudan en fundar diversos grupos, generalmente en torno a revistas sucede así con el grupo Acento, liderado por el poeta Otto Raúl González, incluido en la antología, particularmente durante la presidencia de Jacobo Árbenz, gracias al clima de libertad y al apoyo a la edición. El inicio de la década de los noventa, momento en el que se celebra el quinto centenario del Descubrimiento, es un periodo marcado por la denuncia que los propios indígenas hacen de su situación y la de su lengua, lo que beneficiará enormemente a los mayas guatemaltecos. A este panorama hay que sumar la singular voz de Isabel de los Ángeles Ruano y la propuesta del poeta maya quiché Humberto Ak'Abal, cuya poesía canta a la vida pero también reivindica la memoria de los ancestros: “Esta lengua es sólo una llave más / para cantar el canto viejo de mi sangre” (p. 272).

Constata Millares, en el ensayo que dedica a la poesía hondureña del siglo XX, dos cuestiones esenciales que signaron el panorama nacional: el dominio de la United Fruit Company y la condición de plataforma contra las revoluciones circundantes que tuvo el país. En este contexto cabe anotar que junto a las aportaciones realizadas por el modernista Juan Ramón Molina y los posmodernistas, entre los que podemos destacar a Rafael Heliodoro Valle, cobra un notable eco el interés por el negrismo, al igual que ocurrió en Cuba, República Dominicana, Puerto Rico y Panamá. Ahora es Clementina Suárez, gran reivindicadora de la libertad de la mujer en la escritura, la primera voz hondureña propuesta por Selena Millares en la antología. Por otro lado, la línea

principal durante la dictadura que dominó el país entre 1935 y 1956 estuvo marcada por la preocupación política. Sin embargo, durante la vigencia de la generación de los 50 en cuyas filas se encontraba Óscar Acosta, recogido también en esta antología, asistiremos a una reacción contraria a lo propuesto anteriormente: “la crítica y la disidencia frente a los modelos canónicos” (p. 278), tal y como anota la profesora Millares, serán los rasgos más sobresalientes de este grupo. Las décadas de los sesenta y los setenta traerán la *poesía novísima*, marcada por el interés por lo erótico y la ironía. A partir de la década de los ochenta, el panorama poético hondureño sufre inevitablemente el impacto de la permanente presencia de los Estados Unidos en la zona, como consecuencia del convenio bilateral de 1954. Roberto Sosa se refiere entonces a la “literatura de la ocupación”, salpicada por la denuncia de la corrupción, la traición y las acusaciones políticas. En su composición “Fábula de muerte”, recuperada de *Muros* (1966), encontramos el relato del sentir imperante expresado por el autor de *Hasta hoy el sol* (antología personal, 1987): “Ése es el muro: no hay puente, / ni relámpago, / ni océano. / ¿Cómo olvidar su exacto / dominio entre lo obscuro?” (p. 329)

Panamá ha visto desde siempre cómo su posición geopolítica privilegiada ha condenado su territorio a una lucha de poder y violencia. El nacimiento de las letras panameñas en el primer cuarto del siglo XIX no tarda en experimentar el impacto de la llegada de los inmigrantes norteamericanos, y luego el de los proyectos del ferrocarril oceánico y del canal, que, junto con su posterior condición de protectorado de los Estados Unidos, determinarán totalmente el devenir de la escritura poética de ese enclave centroamericano. Ésta, tal y como explica Enrique Jaramillo Levi a quien Millares cita, se inscribe en el eje de lo político y testimonial. La poesía de Rogelio Sinán, responsable de la incorporación de la literatura panameña al panorama internacional y a la vanguardia, junto con la aportación posvanguardista de Diana Morán o José Franco, así como las de Dimas Lidio Pitty o José Carr como representantes de las siguientes promociones, son algunos de los universos poéticos cuyos versos la profesora Millares considera fundadores del canon panameño, imaginario herido y hambriento de libertad: “Escuchen lo que digo, / con la capilla ardiente del rencor más viejo: / mi Patria, cántaro de amor en todo idioma, / que ofrece su agua buena al peregrino, / ha arrastrado sesenta calendarios / sin derecho a la fruta, al árbol de su huerto, / sagrada en la bondad de su cintura. / En cada sitio de mi cuerpo hay un dolor de / siemprevivas”, revela el yo poético de Diana Morán en *Soberana presencia de la Patria* (1964).

Al igual que sucede con la poesía de Panamá, la escrita en Puerto Rico está signada por una “intensa ideologización” (p. 518), fruto de la historia vivida por esta región desde la invasión de Estados Unidos en 1898. De hecho, pese a la cooficialidad del español y el inglés vigente desde 1993, los poetas e intelectuales de la isla han reivindicado en todo momento la herencia hispana y, junto a ella, la lengua española como modo de expresión. Además de la presencia del modernismo en territorio boricua, Selena Millares apunta la sobresaliente aportación de Evaristo Ribera Chevremont o Luis Palés Matos a la poesía afroantillana en el marco de la vanguardia. Digna de mención fue la excelente acogida que la isla proporcionó a la diáspora republicana tras la guerra civil española: Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez o Pedro Salinas pasaron una parte de su vida allí, y su contribución en el ámbito de la creación y la crítica influyó en el devenir de la poesía boricua. En 1948 ve la luz el manifiesto *trascendentalista*, que, según la profesora Millares, surge como reacción de la generación del 50 a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. El trascendentalismo se caracterizó por su religiosidad y un hondo humanismo, rasgos que sobresalen en la

poesía de uno de sus grandes nombres, cuyos versos naturalmente recoge esta obra: Félix Franco-Oppenheimer. Esos sentimientos se dan la mano en “Soledad y muerte”, poema extraído de *Los lirios del testimonio* (1964): “¡Oh soledad!... y estar en nuestra propia atmósfera / sin voz y sin imagen, perdidos en el polvo, / para seguir la ruta de cascada sonámbula / como un sueño acordado que despierta y olvida” (p. 1). A partir de la década de los sesenta encontramos a un grupo de poetas en torno a la revista *Guajana* que practica una crítica anticolonialista. A su protesta muy pronto se unirán la de otras publicaciones que irán poniendo de manifiesto la compleja situación en la que se encuentran los poetas boricuas, y el desconocimiento que sobre su devenir poético existe fuera de sus playas y sus parques.

El siglo XXI parece erigirse como un capítulo para romper el silencio impuesto, la mordaza sufrida por este pequeño gran territorio que tiene tanto que ofrecer a la poesía, como ha demostrado Selena Millares. Su antología ofrece una selección suficiente para percibir los ejes temáticos más destacados y acercarse a los imaginarios más interesantes, y debe servir de estímulo para adentrarse en la pluralidad y riqueza de una producción poética que exige reivindicación inmediata.

ALEJANDRA M^a AVENTÍN FONTANA
UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

Julio Neira. *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*. Sevilla. Fundación José Manuel Lara. 2014, 622 pp.

Como saben muy bien los historiadores, los sociólogos y los antropólogos, la diferencia entre una biografía y una narración autobiográfica estriba en que la primera se refiere a un género textual en el que un investigador expone, normalmente en orden cronológico, los hechos relacionados con la trayectoria vital de una persona relevante, analizando sus actividades y el entorno en el que se mueve a partir de una sólida documentación (Pujadas: 2000: 136). En cambio, las memorias, que a menudo se configuran como autobiografía novelada, restituyen una interpretación de los acontecimientos (Portelli: 1989: 29), una lectura personal de la realidad desde lo que el individuo ha llegado a ser en el momento en que se produce el recuerdo, y por ende incorpora discontinuidades y subjetivismo (Bourdieu: 1989: 31-32). Por lo tanto, pese a lo que algunos críticos han afirmado, considero que la exactitud y la minuciosidad del “paciente recuento” (García Martín: 2014: s. p.) de datos, intentando además corregir las informaciones equivocadas aparecidas anteriormente, es lo que confiere valor a una biografía de calidad: su finalidad es reconstruir la vida de una persona y, tratándose aquí del escritor José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 11 de noviembre de 1926), también de su actividad literaria y de su contexto social y cultural. En otras palabras, el filólogo tiene que alejarse un poco de su habitual tarea hermenéutica –aunque sin descuidar de ella–, para ponerse el traje del historiador.

Lo hace con magistral precisión el autor de *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*: Julio Neira, catedrático de Literatura en la UNED, que ha sido además Director del Centro Cultural Generación del 27 (2003-2008), Coordinador General del Centro Andaluz de las Letras (2008-2011) y Director General del Libro, Archivos y Bibliotecas de la Junta de Andalucía (2011-2012). El estudioso, cuyos ensayos son referencias imprescindibles para todos los que trabajamos sobre la poesía española contemporánea y especialmente sobre la Generación del 27, nos sorprende